

RESEÑA DEL LIBRO  
*GOBIERNO OMNIPOTENTE*  
DE LUDWIG VON MISES  
(Unión Editorial, Madrid 2002,  
414 páginas)

CRISTÓBAL MATARÁN

En 1934, Ludwig von Mises se vio obligado a abandonar Viena la madrugada del 29 de septiembre, día de su cumpleaños. Gracias a la intervención de sus amigos pudo establecerse en Ginebra y hacerse cargo de la cátedra de Relaciones Económicas Internacionales en la Universidad de Ginebra. Durante seis años, su esposa Margit y Mises viven con el peligro de que los nazis invadan Suiza y sean hechos prisioneros, por lo que terminan emigrando a Nueva York en 1940. Pues bien, es durante este periodo cuando Mises escribe el presente ensayo, que será publicado en 1939. Mises debate las causas que han provocado la subida de los nazis al poder en la última década y cómo Europa a ha llegado a la situación de guerra en la que se ya se encontraba cuando se publicó el ensayo. Un análisis pormenorizado de cada capítulo arrojará más luz.

En la primera parte, titulada *El colapso del liberalismo alemán*, Mises realiza un viaje histórico desde finales del s. XVII, con el final del Antiguo Régimen gracias a la aparición del capitalismo, hasta la subida de los nazis al poder en los años 30 del s. XX. En un recorrido que recuerda a uno semejante que realiza Hayek en *Camino de servidumbre*, Mises se pregunta por qué un país como Alemania, a la vanguardia de la economía de mercado en el s. XIX, termina siendo la cuna del movimiento más totalitario de Centroeuropa, agrediendo a todas las naciones vecinas bajo exiguos pretextos. La respuesta que ofrece Mises se asienta sobre el exacerbado nacionalismo inventado por algunos autores y glorificado por la clase política a través de su instrumento favorito de propaganda de la época: la universidad. Mientras Alemania establecía un nivel de vida jamás visto en Europa gracias a la acumulación de capital, la libre

circulación de personas, mercancías y capitales y la confianza en un sistema de patrón oro clásico, las cátedras universitarias se llenaban, a medida que avanzaba el s. XIX, de furibundos críticos contra este sistema que tanta prosperidad había traído. Su doctrina se basaba en la exaltación de principios nacionalistas, los cuales conducen irremediamente al intervencionismo del estado en materia económica. Bajo la excusa de proteger a trabajadores o inversiones nacionales, se dinamita el proceso de libre mercado, aquel que busca las mejores oportunidades de inversión en los mejores lugares, no con el fin de explotar a los obreros fabricando una producción inútil, sino para fabricar bienes y servicios cada vez más baratos para los trabajadores de dichas industrias.

La segunda parte se titula *Omnipotencia gubernamental*. En él, Mises traza el camino que el proteccionismo económico con fines nacionalistas ha trazado para la llegada del estatismo. Realizando un recorrido por distintos países europeos (Rusia, Alemania, Italia, Francia, Austria, etc.), Mises sentencia como problema básico fundamental unos principios socialistas, cuyo éxito se basa en ser intuitivos para la mayoría. Nos explica que los conocimientos económicos no son inmediatos, que requieren cierta reflexión para ignorar las falacias que parecen desprenderse de él. Esto es lo que hace que la mayoría de la población considere la economía una ciencia inclusive degradante y aburrida. Mises acaba el capítulo con unas palabras para la mala concepción de la ciencia económica a semejanza de las ciencias naturales. En un tema que tratará en extenso en *La acción humana. Tratado de economía* (1.949), Mises nos cuenta cómo la mala concepción de la ciencia, basada en una metodología idéntica para todas sus ramas y arrastrada desde el s. XVII, ha traído como consecuencia la pérdida de una generación de economistas (ya en su época) al matematizar fantasmagóricamente las acciones de los seres humanos.

La tercera parte, *El nacionalismo alemán*, desenmascara todas las características de odio y venganza que el nacionalismo conlleva. Dice Mises que debemos buscar la génesis del nazismo en los socialistas de cátedra alemanes de finales del s. XIX, los cuales, gracias a su apoyo popular, comenzaron a propugnar las falaces historias sobre la supuesta superioridad alemana respecto al resto de nacionalidades del mundo. Mises previene al lector sobre una idea

falaz y extendida: que el nacionalismo se extendió porque era apoyado por las clases intelectuales, pero no por la clase media. Totalmente alejado de la realidad. Mediante varios ejemplos, Mises deja claro que los intelectuales se subieron al carro del nacionalismo bastante después de que la clase media comenzara a ser exageradamente antiliberal y proclive a posturas liberticidas. Los socialdemócratas alemanes cuentan con su propio apartado. No debemos olvidar que el SPD no era un partido como lo que hoy conocemos como socialdemocracia, sino un verdadero partido marxista. Basándose en los diez puntos esgrimidos por Marx y Engels en *El manifiesto comunista*, Mises explica que a la llegada de los nazis al poder ya habían conseguido ocho, los cuales no fueron en absoluto derogados, obviamente, por los nacionalsocialistas. Estos puntos de gobierno se sustentaban en la nacionalización de ciertas tierras, la expropiación de empresas, un estado protector, aunque esto ya fue iniciado por el Káiser a mediados del s. XIX. Lo que Mises explica es que absolutamente todos los partidos políticos, sindicatos o catedráticos de lengua alemana tenían en común en ese momento era, a pesar de su aparente antagonismo, un sentimiento antiliberal que debía desembocar en el totalitarismo y la guerra de Guillermo II de 1870.

Para Mises, la principal causa de la guerra ha sido, sin lugar a dudas, el antisemitismo. Pero no ese odio a los judíos que los nazis gestaron en el interior de Alemania con el fin de culparles de todos los males de su país, sino de algo mucho más profundo. Mises lanza el desafío para cualquier antisemita, y no los hay solo en Alemania, de que establezcan claramente qué es un judío y cuáles son los males provocados por su pueblo. Lo que Mises reprocha precisamente a las potencias occidentales es que el odio a los judíos provocó que no afrontaran el desafío lanzado por Hitler en Centroeuropa en los años 30. Su odio velado hacia los judíos, particularmente en las izquierdas francesa e inglesa, sirvió en bandeja la tibieza de los gobiernos occidentales que los nazis necesitaron para llevar a cabo progresivamente sus planes de expansión en Checoslovaquia, Rumania, Hungría o Austria. La Humanidad ha pagado bien caro su antisemitismo desde entonces.

La fallida República de Weimar cuenta con el dudoso honor de haber precedido la barbarie nazi. Para Mises, los supuestos hom-

bres de Estado del régimen de 1918 no supieron ver en ningún momento el peligro que los nazis representaban. Su arrogancia consistió en no saber prever que su programa económico coincidía en todos los sentidos con el de socialdemócratas y comunistas. El Gobierno de Weimar no siguió la recomendaciones del propio Mises para atajar la hiperinflación del periodo de entreguerras mediante la emisión sin límite de billetes de banco. Esta inflación se comió los ahorros de la clase media, poniendo el poder en bandeja a los nazis en 1933. Las consecuencias dramáticas que la Humanidad pagó por no hacer caso a las recomendaciones de un pequeño grupo de economistas son más que evidentes.

Las consecuencias de este nacionalismo económico sólo tienen un nombre: nazismo. Mises critica abiertamente las potencias occidentales y su inacción ante los problemas de Hitler. Mises se pregunta si los alemanes alguna vez llegaron a tener presente que entre el nazismo y el comunismo existía la posibilidad de seguir con aquella sociedad que había traído a Alemania la primera posición económica en la Europa continental: el liberalismo. Los alemanes olvidaron totalmente, gracias a sus socialistas de cátedra, que durante un tiempo no muy lejano se convirtieron en los reyes económicos de Europa, basándose en los principios del libre cambio y de la libertad.

Así, la ilusión por una planificación mundial de la economía como última esperanza de los planificadores se ha convertido en la tabla de salvación de muchos. Aceptan el fracaso de su planificación nacional, pero en lugar de mirar de puertas para adentro, sostienen que la causa de sus fallos está en los países extranjeros: la Unión Soviética cayó porque Estados Unidos no llegó al cénit colectivista. Si los países occidentales se organizaran de una vez por todas en un verdadero socialismo como en los países de la extinta Unión Soviética, los problemas se solucionarían. No es objeto de esta reseña repetir los análisis del socialismo llevados a cabo por Mises, Hayek y otros teóricos de la Escuela Austriaca a lo largo del s. XX. Bástese en decir que una planificación ha errado para un país, imaginemos para el conjunto de países que forman la Humanidad.

Finalmente, Mises efectúa una serie de recomendaciones a tener en cuenta por los gobernantes en el futuro. La primera de

ellas es que la Sociedad de Naciones no puede convertirse en una entelequia sin ningún poder real de sanción sobre los estados. Además, los países deben guiarse por la doctrina del nacionalismo liberal: referéndums para determinar las fronteras. En el Este de Europa particularmente, los grupos lingüísticos y las nacionalidades se encuentran tan entremezclados que cualquier separación artificial de fronteras realizada por algún burócrata será fuente de conflictos. Para resolver este problema, Mises propone que cada región pueda votar en referéndum a qué estado pertenecer. Si dentro de un mismo estado coexisten nacionalidades distintas, para Mises todas las lenguas deberán ser oficiales y de normal uso en la administración. Pone como ejemplo el Imperio Austro-Húngaro de finales del s. XIX y principios del s. XX. Catorce nacionalidades convivían bajo un Imperio gobernado con formas del Antiguo Régimen. El resultado fue la Primera Guerra Mundial. Por otra parte, Mises advierte que esta solución no es la panacea. La mejor arma para luchar contra los conflictos nacionalistas y su colorario, el estatismo, es la economía de mercado. En una sociedad donde cada uno puede establecerse allá donde considere más oportuno, donde la democracia le represente de tal forma que el gobierno respete los derechos lingüísticos (Mises habla abiertamente de una educación totalmente privada) y en la que economía pura de mercado sea respetada por el sistema legal, las fronteras serán meras líneas en los mapas, sin provocar conflictos entre las personas.

En las *Conclusiones*, Mises recuerda sus principales ideas expuestas, a saber: sólo la economía de mercado es garante de la paz, ya que cada cual puede llevar a cabo sus intereses, bien entendidos. El nacionalismo económico acababa de sumir Europa en la barbarie de la guerra con los nazis. Pero lo que a Mises más le impactaba era que todas las potencias occidentales, es decir, los aliados, comenzaban a llevar a cabo las mismas políticas que el propio autor había observado en la República de Weimar. Sus recomendaciones para el futuro son la vuelta a la economía de mercado y al liberalismo que tanto habían hecho para sacar a la Humanidad del largo letargo de estancamiento. Bien es cierto que muchas personas atacan el liberalismo tachándolo de sueños imposibles, pero no debemos olvidar que todo lo que Mises plantea ha sido llevado

a cabo por el hombre para salir de un estado de vida miserable y convertirle en el hacedor de una riqueza con la que sus antepasados jamás pudieron imaginar. Las recomendaciones de Mises cayeron en saco roto, hasta la crisis del keynesianismo con la estancación de los años 70. Pero eso es ya otra historia.